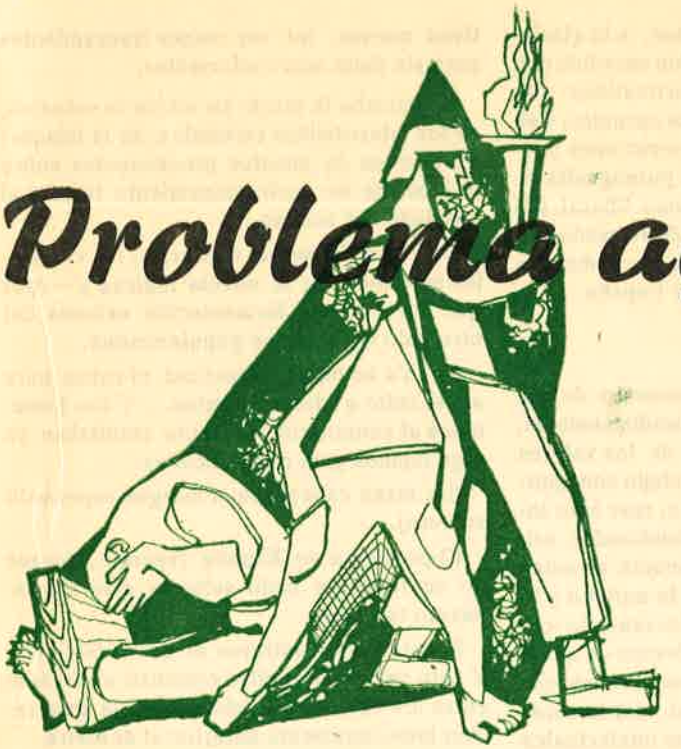

Problema agudo en tres tiempos

Luis Cencillo S. I.

Las consideraciones que siguen pertenecen a una esfera superior a la política. Si algunas pudieran parecer rozar lo político ello se deberá a la incidencia que precisamente tiene lo político con lo religioso.

La curva de evolución en tres etapas más o menos fluxas de la mentalidad universitaria de postguerra puede resultar una profunda experiencia histórica e incluso despertar cierta alarma justificada.

¿Por qué no enfrentamos sinceramente con el problema y con su etiología?

Es muy conocido para la mayoría de los que, captando las tensiones épicas de la Historia profunda, son sensibles a los cambios de presión moral e ideológica de la nación. Muy conocido, mas todavía envuelto en el silencio del estupor, cuando lo que se exige es dinamicidad urgente que remedie.

La orquesta de la Historia —es metáfora del Papini anterior a la conversión— ataca un nuevo tiempo cada vez que una generación irrumpe en la escena de la vida intelectual y en efecto hay una movilidad quinquenalmente rítmica de constelaciones de valor, de slogans, de estilos vitales vigentes mientras cada promoción universitaria de personalidad acusada va siguiendo las vicisitudes académicas durante un quinquenio.

Son ya tres los tiempos base atacados por la orquesta trascendente de Papini entre 1941 y 54.

¿Para qué insistir en la generación del 41? Eran los trabajados, los maduros antes de tiempo con sus carreras desarticuladas y sus situaciones improvisadas; mas no eran escépticos: habían vivido aquella amalgama de hielo y de mística, y de miseria y de triunfo, habían visto hundirse muchas cosas y también surgir otras muchas de la nada: no eran escépticos ni tal vez burgueses sino tremendamente idealistas y un poco aventureros. .

No se carecía de esperanzas: a la glaciación ética de la República había sucedido una corriente poderosa de espiritualidad que trascendía a las calles y a las escuelas. Eso sí. Se esperaba que las generaciones nuevas, desconocedoras ya de la pornografía de otros tiempos y del escepticismo liberal, alimentadas desde el despertar de su razón con entusiasmos patrios y religiosos cambiarían en una década la faz moral de España...

* * *

Hubiera sido también el momento de que algún pensador original y pluridimensional, madurado en la densa selva de los valores eternos y tradicionales y fecundado con aportaciones nuevas del extranjero, mas ante todo temperamento creador, sintetizador, asimilador transformativo y renovante de estas constelaciones de valor, de lo antiguo y lo nuevo, lo nacional y lo universal, lo colectivo y lo personal, se apoderase de aquel ámbito intelectual español desmantelado como después de una tempestad, por la secesión de más de la mitad de sus intelectuales más inquietos, aunque no constructivos. Hubiera sido el momento, pero no hubo tal hombre.

Y tuvimos que conformarnos con erudición. Eran los tiempos de los sustitutivos. Cuando se creía sinceramente viable y fecunda una resurrección del soneto garcilasiano o la planificación estatal de la cultura.

* * *

Hasta el 47, el grupo inquieto e idealista de la Universidad había creído posible una polqrización de todas las fuerzas juveniles intelectuales de España en una cultura hispánica, católica y auténtica con un mensaje trascendente para América... (un exponente se titulaba «Alférez»...).

A partir de este año crítico los Candau, los París, los Camblor... han de irse desengañando: la nueva generación, la que entonces comenzaba sus cursos universitarios, cuatro o cinco años de diferencia en total, no era permeable ya a sus ideales...

La guerra mundial, un bienio atrás terminada, no impedía ya —a pesar del bloqueo diplomático— el abrirse ventanas a perspectivas nuevas, tal vez menos trascendentes pero sin duda más confortables.

Se iniciaba la era de los viajes de estudios, de los intercambios culturales, de la búsqueda ansiosa de puestos preeminentes sobre la base de un perfeccionamiento técnico al otro lado del océano.

La Filosofía amoral de Sartre, los complejos morbosos de la novela inglesa y —¿por qué no?— cierta fermentación oriunda del otro lado del telón se popularizaban.

No. Ya no había serenidad ni calma para aquel culto a ideales patrios... Y los homenajes al centenario de Trento resultaban ya algo lejanos y un poco oficiales...

(La masa cabeceaba al margen esperando su hora).

El problema de España resurgía, porque no se le había dado solución, sino aplazamiento tan sólo.

Seguía sin encontrarse el dux intelectual. Y esta vez el sustitutivo comenzó a buscarse entre los valores que educaron a la generación inmediatamente anterior al desastre.

* * *

El primer chispazo visible para todos de que una mutación cuántica estaba teniendo lugar en la Universidad fué el número extraordinario de «La Hora» del año 49. Se trataba de una conmemoración de la Victoria en su primera década, mas bajo un cielo histórico remoto ya de aquel de la Victoria y tachonado de inquietudes que delataban un nuevo arranque de duelos de problemas, más que una fruición pacífica de una Victoria conseguida.

A muchos les cogió desprevenidos y ni siquiera después de producido el hecho cayeron en la cuenta de su significación.

Omitimos la referencia de los sucesivos jalones subsiguientes para ahondar en torno al último fogonazo.

Mas éste atañe ya a la tercera promoción clave: la del 51-54 *in fieri*...

Por primera vez este año han coincidido en ello todos los intelectuales reunidos en unas conversaciones de espiritualidad: La voz de alarma fué proferida por el que en otras

ocasiones había sido decidido optimista acerca del ambiente de la promoción actual.

Su grito de urgencia ha sido extremo: *se está llevando a cabo un rápido proceso de descristianización de la juventud universitaria...* De la generación que ya no ha conocido conscientemente la guerra y que se ha abierto a la vida entre el epicureísmo y el desconcierto moral de tantos...

* * *

Aquella generación —los que ahora cuentan 20 años aproximadamente— que se vió sometida a una intensa presión en su infancia, de ritos patrióticos, políticos, religiosos de slogans sociales y nacionales, indiscerniblemente amalgamados en una litúrgia de muchas dimensiones, beneficiosa sin duda por lo que tenía de sintetizador y de cálido si las realidades morales subyacentes —moral profesional, matrimonial, social— hubiesen correspondido a las manifestaciones externas, se ve hoy poseída de un ímpetu iconoclasta más exasperado de lo que suele ser propio de toda generación que se estrena.

Es el mismo fenómeno de la generación siguiente a la planificación y al clericalismo protocolario del periodo de Napoleón III.

De otro lado el influjo impalpable de un exilado español triunfante en Oxford y el ejemplo de indiferentismo de aquellos maestros *ya* de dos generaciones con todo su lastre ochocentista, hicieron su labor.

El caso es que la promoción entró en escena bajo un signo de decepción y de revisión crítica implacable.

No era ya el hastío de la presente, de la generación del 43, ilusionado sin embargo con perspectivas transcendentes. Era más bien el hastío opaco del que ha dejado toda esperanza trascendente y siente vehementes tentaciones de refugiarse en el confort epicúreo a precio de inhibiciones básicas.

Propiamente la generación actual juvenil puede dividirse en dos grandes corrientes —prescindiendo de la minoría de los católicos de vanguardia organizada, de los *gentlemen* sin inquietud ni actitud, de los políticos idealistas, de los calaveras de siempre—: la corriente de los inquietos y la de los conformistas.

* * *

Los inquietos que durante la canícula se tuestan en los campos de trabajo de Castilla o se empozan en las minas asturianas, quieren que se les deje en paz de *monsergas,* no valoran sino la autenticidad: autenticidad política, autenticidad social, autenticidad moral, autenticidad incluso —y precisamente— eclesiástica.

No son *anticlericales,* pero sí implacables censores del comportamiento de los eclesiásticos.

No quieren valorar o desvalorizar las ideas por las etiquetas que ostenten o con que se las estampille por voz popular u oficial, sino que buscan realidades insobornables bajo el carnaval de los pasquines.

En esta parte está su punto débil y apunta el peligro que puede hacer naufragar la buena voluntad y la sinceridad militante de esta generación:

Habiendo perdido la dimensión hereditaria de experiencias ajenas y maduras, no consideran a las generaciones inmediatas dignas de crédito en sus valoraciones de sectores políticos: ellos se hallaban en la primera infancia cuando el marxismo fué debelado en España, ellos no tomaron parte en aquella descalificación ética ni conocieron sus causas experimentalmente.

Bajo la impresión tenaz de deficiencias innegables en la esfera de la justicia social por parte de los que se profesan antimarxistas radicales, vuelven no sin ingenuidad sus ojos ansiosos de objetividad, revisando valores, al Baal rojo, encarnación de la subjetividad más exaltada, por lo visto en busca de un conocimiento experimental de las causas que motivaron en la generación inmediata anterior aquel temor religioso a lo marxista...

Se trata de hallar la vía media entre Iglesia y Marxismo, dicen algunos, pero la duda candente surge inmediata: *esa Iglesia ¿es la Iglesia católica, apostólica y romana instituída por Jesucristo para salvación única de los hombres y fuera de la cual nadie puede salvarse —es dogma de fe—,* o se refieren a alguna realización histórica y local y puramente accidental de la vida eclesiástica?

Queda abierta la tremenda cuestión de con o frente a la Iglesia, a Cristo...

La masa —segunda corriente que apuntábamos— fijándose más bien en este aspecto de inquietud religiosa y de preocupaciones trascendentes, ha llegado en alguna circunstancia a burlarse de ellos tachándoles de ingénuos y de clericales (!), mientras que ella misma, arrastrada por su inclinación vital —a pesar de las insignias comprometedoras que en algún caso ostenta— se recluye en un clima de laxitud sensitiva.

Se insinúa en sus horizontes el peligro de una congelación general de ideales eternos y claros. Con menor precisión mental que el grupo de los inquietos, su crítica de lo eclesiástico se convierte en anticlericalismo y su escándalo de las mascaradas de etiquetas comerciales de las ideas y de las figuras, en indiferentismo apático.

El problema es gravísimo. No hay que insistir en ello. Puede suponer entre otros males el peligro constante de una venta colectiva al mejor postor en un futuro tal vez no remoto.

* * *

La reacción ha sido paradójica: la desmoralización se ha originado de la inadecuación observada entre las tremendas necesidades sociales y la inhibición de muchos que se decían interesados en afrontarlas, pero ha venido a parar en un incremento de esta actitud inhibitoria: obsesión por los espectáculos y por los medios de locomoción propios y por el independizarse económicamente... ¿no es esto muy semejante al *panem et circenses* de la decadencia romana? ¿no siguen planteados cada vez con mayor urgencia los problemas? ¿por qué se hace la crítica de otras generaciones que tuvieron la valentía de formularse escueto el problema social y de intentar alguna solución cuando ya el mal consiste en inhibirse del problema mismo?

En este segundo sector ya no es el Baal rojo lo que se contempla con curiosidad incauta, sino la Astarté burguesa.

El desencanto de algunos mitos nacionales pudo haber sido salvador, pudo haber sido providencial, si sacándonos de climas irreales e ilusorios nos hubiera hecho más capaces de captar las verdaderas soluciones del problema. Si a una disminución del fervor patriotero hubiese sustituído un alza del amor ecuménico católico, de adhesión a la Iglesia —fuera de la cual y de su mente no hay salvación posible— a esa Iglesia que rebasa todas las fronteras y las razas y que libera a las mentes de los hombres de sus exíguos ámbitos locales, cordiales y comerciales para dotarlos de una supercomprensión olímpica de supremos valores y supremas miserias...!

Pudo haber sido providencial si las experiencias de tantos fracasos ajenos hubiesen originado una madurez precoz —no acre ni demoledora— sino comprensiva, abierta, positiva —nunca positivista—, sensata.

Pues el colmo de la comprensión, hay que reconocerlo, consiste precisamente en ser comprensivo con los mismos incomprensivos...

* * *

No nos sentimos capaces de contestar a esta pregunta: ¿es aún tiempo de rectificar? ¿o ya las premisas de tal manera se han asentado en el cauce ideológico de la Historia patria contemporánea que no detendrán su virtualidad terrible, férrea dialéctica de los hechos, hasta habernos sumergido de nuevo en otra catharsis sangrienta?

Y no respondemos. La ausencia de respuesta es la inquietud misma de lo futuro contingente. Tan contigente que depende de nuestras voluntades. Del conjunto de la voluntad personal y responsable de cada uno.

Todos hemos de rectificar.

Los de la promoción pasada viviendo mucho más auténticamente nuestros ideales transcendentes. Si somos eclesiásticos, sobre todo siendo *buen olor de Cristo*, deduciendo las últimas consecuencias prácticas, cueste lo que cueste, de nuestra profesión tremenda, porque la generación nueva, obrera o universitaria, está ahíta de teorías y ya no reacciona sino ante las conductas *crucificadas*, inmaculadamente pobres de este mundo, que han hecho su mayor ambición de la total carencia de los bienes y los bienestares y las ambiciones de preeminencias, que orientan la actividad y los esfuerzos del resto de los mortales, para no tener ya en la tierra ni sobre la tierra otro bien que Jesu-

cristo, pobre, paciente, eucarístico, entregado a nosotros por nosotros, sin reservas algunas...

Conviene tener siempre presente que en la inmensa crisis del Renacimiento y la Reforma sólo pudieron salvar a la Iglesia y a Europa los grandes mendicantes, los grandes penitentes, los grandes contemplativos, los grandes entregados a sus prójimos en caridad auténtica, los grandes intelectuales que acertaron a nutrir su especulación de humildad, de piedad, de celo de Cristo.

Conviene, todavía más, no olvidar que ésta es una constante histórica de las grandes síntesis católicas de los períodos críticos: siglo IV, siglo IX, siglo XII, siglo XIV.

* * *

La inquieta promoción actual ha de rectificar no olvidando que también ellos son cristianos, *buen olor de Cristo,* que si es fuego y es espada, también, y más peculiarmente, es bálsamo y es paz y sumisión a todo reflejo de la autoridad del Padre, aun en las potestades seculares del mundo. S. Pablo aun a los superiores paganos y tiránicos recomendaba obediencia como a Cristo en lo que lícitamente mandasen...

Porque el celo cristiano nunca fué amargo ni derrotista ni furibundo. Fué sí, tenso y eficaz en la sustancia, pero en el modo, siempre modesto, contenido, y sobre todo *caritativo,* trascendiendo a desasimiento de las ambiciones y pasiones de la tierra, dominado por la sincera ansia del mayor bien común...

Rectificar no olvidando tampoco que si otras juventudes se han hallado ausentes de su destino histórico, la raíz estaba en que no fueron puras y cuando las honduras del alma son hipoteca de Satanás, la energía moral épica se desvirtúa en su misma fuente: se hace *matonismo* en vez de heroísmo cristiano.

Si hay firmeza de creencias, si por lo tanto hay humildad, si en consecuencia domina la pureza que hace posible la plenitud de la caridad que inmediatamente se traduce en obediencia, obediencia trascendente, obediencia a Dios reflejado en los hombres... (las virtudes cristianas se interpenetran y es imposible que una sinceramente poseída no produzca el corolario de las demás). Si la generación presente se nutre de estas características inequívocas de Cristo, no tema la generación presente, triunfará en toda la línea.

* * *

Triunfará porque nuestro problema es de índole que con Dios todo lo podemos y sin Dios nada. Nada en absoluto, porque según la dinámica de la Historia, nuestra civilización hace mucho que habría oído sonar su hora mortal, y si pervive, contra todas las previsiones naturales, es gracias a los gérmenes sobrenaturales que contiene.

Más para salvar lo sobrenatural hay que comenzar por lo sobrenatural. Todo otro medio será desproporcionado. Eso sí, desde el punto de partida sobrenatural habrá que ir entregando y consumiendo en la lucha toda la batería de valores humanos, técnicos, políticos, estéticos, sociales... Pero limitándose a éstos sólo, fracasará la presente generación rotundamente como hemos fracasado las generaciones precedentes porque no fuimos puros, ni humildes, ni sobrenaturales y nos dedicamos más bien al engrandecimiento mundano e individualista en medio de una inhibición aséptica de las miserias y privaciones y tristezas de nuestro alrededor, sin tener en cuenta que la vida cristiana o es caridad o no es cristiana y que no todos los que dijeren «Señor, Señor» entrarán en el reino de los cielos... sino los que viven percatados de que ante todo *se deben a* sus prójimos, de que sus cualidades, su profesión, su capital y aun sus triunfos personales están transidos de una función social de Comunidad en Cristo...

En fin, Bizancio y Egipto, y Mauritania y Escandinavia fueron grandes focos de Catolicismo... ¡antes que nuestra España! —pero la insinceridad religiosa de sus miembros bastó para ahogar los gérmenes sobrenaturales de sus Culturas: vale la pena aprender de una vez la lección de la Historia. Sólo que hay que empezar por aprenderla cada cual para sí con un santo *individualismo* en el dar el primer paso.